

Cuando menos se espera ...

Len Hagger expone pinturas acrílicas, con "collage" y texturas, en la Galería de Arte de la Alianza Cultural URUGUAY-EE.UU., Paraguay 1217. Es esta su segunda exposición individual. Por la calidad expone de su obra, cuyo inicio se data antes de los años 60, aparentemente es un artista sensible y retraído que no ha querido exhibir búsquedas de formación, intentos o ensayos.

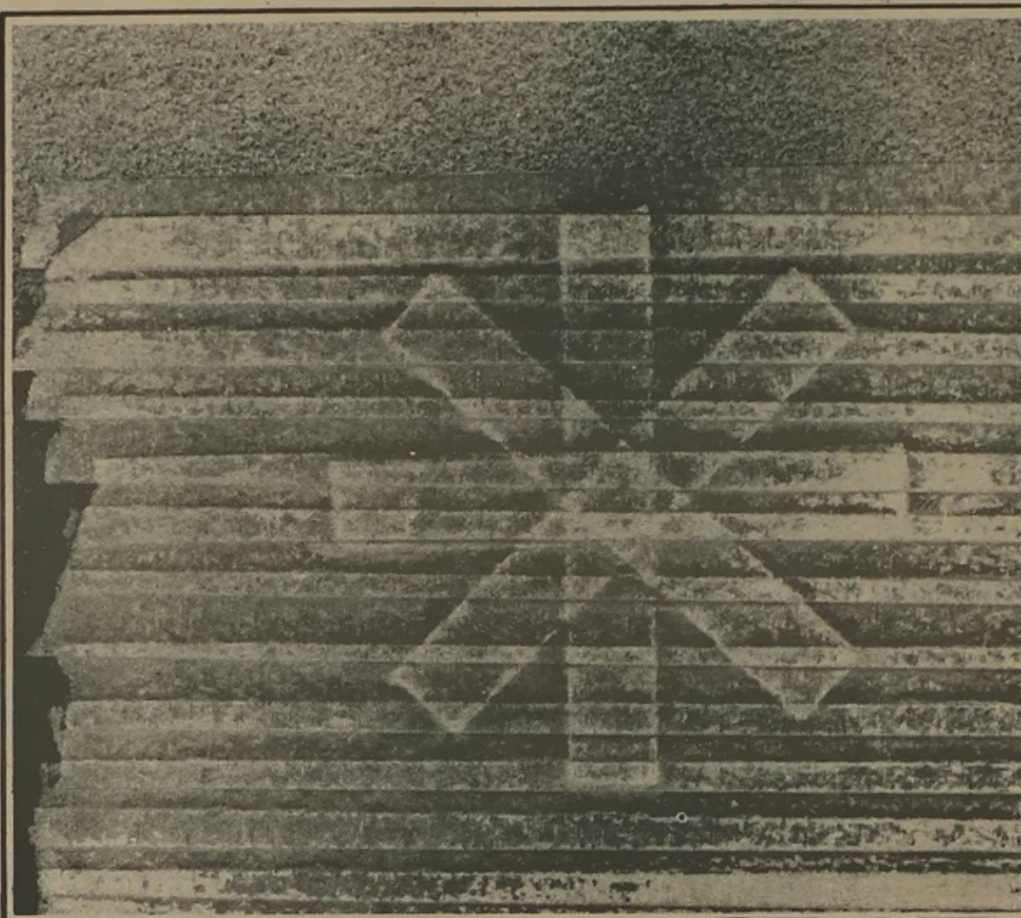
Este pintor abstracto-matérico, curiosamente, se revela muy imaginativo en la elección de títulos, parafernalia que comprende desde la canción infantil al mundo sideral, de la bagatela el postre. No le basta tampoco el español y utiliza otros idiomas. Siete títulos en inglés, dos en francés, uno en italiano y uno en latín caracterizan parte de las veintiuna obras presentadas.

Los principales elementos que maneja Hagger son: el color, la forma, el espacio y la textura. El color, en su plenitud pigmentaria, suele ser protagonista, aliado a la forma, generalmente no geométrica pura, sino con modificaciones sensibilizantes; irregularidades, vibración o degradación de contornos, etc.

Los fondos oscuros, de un sola tonalidad, lanzan la forma al centro del primer plano. En algún caso, fondos divididos en dos grandes zonas de oscuro y media tinta se relacionan entre sí, por medio de delicadas degradaciones del tono, creando sensaciones espaciales, ajenas a lo convencional. La textura no predomina, está subordinada a la forma.

La comunicación que establece este artista, (quien desestima lo objetual), se apoya en el lenguaje plástico y en aciertos técnicos: La lectura de sus cuadros transmite el equilibrio entre un pensamiento lógico y pautados impulsos emocionales. Los procedimientos que emplea son variados; materias impresas con tejidos de punto, (que dan relieve dispares e interrumpidos) y estampaciones diversas sobre el espesor de la pasta pictórica. Un "collage" real y otro aparente juegan en las superficies, donde también se confrontan opacidad y brillo, formas rectas y curvas, a menudo sugeridas. Hagger es un plástico joven de quien puede esperarse mucho y que, en primera instancia, vale la pena ver. Mientras, leamos su propio ejuciamiento:

Evolución — Mi pintura no debe ser



clasificada dentro de cánones muy estrictos, ya que la misma siendo básicamente no figurativa, presenta a veces, sin embargo, algún elemento figurativo: tampoco es "collage" no obstante presentar elementos de "collage". Es decir que, en consecuencia, los distintos componentes de la obra complementan la función fundamental del color, creando en esa combinación, un concurso activo y concertante cuyo fin es la comunicación.

Esta relación de dinámica interactiva de elementos, cuyo fin es lograr una función (la comunicación), se define como la *sinergia*. La

sinergia requiere un estudio independiente de cada componente, lo que permite el conocimiento del comportamiento de cada uno de ellos".

"El color en mi pintura juega un rol preponderante, ya que el mismo no sólo se utiliza como lenguaje básico de comunicación entre el pintor y la obra, sino que a la vez es el medio de captación de la comunicación entre la obra y el público".

"Es, en definitiva, un lenguaje, una extroversión, cuyo objetivo fundamental es el de brindar placer visual, ya por el todo, ya por

alguno de sus componentes, sin necesidad de mayor intelectualización, y si se logra ese efecto, aún en una mínima parte del público, el objetivo se ha logrado".

AMALIA POLLERI

Abundancia en feria

El pintor Alvaro Gutiérrez presenta treinta y cinco obras en las salas de la Alianza Francesa, Soriano y Cuareim. En el conjunto, veinticinco abordan la temática pintoresca de las ferias. Sus elementos; grupos humanos, tenderetes, toldos, mercancías, etc., se desarrollan en apretadas acumulaciones. Cuando la composición se organiza, como en las telas 22, 23, 27 y 31, por ejemplo, con ubicación ajustada de espacio y lleno y las figuras "respiran" entre áreas de descanso visual (toldos, fachadas, etc.), las obras se cargan con su verdadero significado comunicativo. En otros lienzos, casi abocetados, parece reinar el apresuramiento que elimina la deseable variedad de proporciones, el signo distintivo de su gesto y la limpieza del color, que la rapidez del trazo borrona.

Gutiérrez intenta trasponer el color de la realidad a su equivalente de alta saturación y quizá llegue a lograrlo con una mayor reflexión plástica. Se sabe que lo espontáneo tiene su valor pero, si miramos alguno de los antecedentes pictóricos de esa manera de captar el entorno, para el caso expresionistas alemanes, el mismo Gauguin, (post-impressionista) o "fauve" como Raoul Dufy, surge con claridad no el resultado-obra de arte sino la nitidez y calmo dominio del encaramiento. Desde otro punto de vista, todos los artistas de cualquier género, hasta Picasso tiene altibajos en su producción y seleccionan en el momento de exponer. Esta muestra de un vocacional con dotes y futuro hubiera ganado con alguna exclusión.

Así y todo no merece las agresivas humoradas que una pandilla de bromistas escribió en el cuaderno de firmas a la entrada.

A.P.

Recital de Benedetti-Viglietti:

Una sola memoria con dos cabezas

"A este espectáculo, a pesar de que fue bueno, le faltó sudor", sentencia un colega casi con bronca, mientras miles de personas salen de la sala 18 de Julio. Trato de explicarle y más se enfurece: Mario Benedetti y Daniel Viglietti no sólo hacen rimar sus apellidos —complicidad que es también conducta—, sino que además el poema en uno, y la canción en otro, se han memorizado antes y durante el involuntario exilio, permitiendo finalmente una lógica mimetización que pasa por la dimensión humana de ambos, y por su proyección artística que, en los dos casos, no ha conocido de rengueras y silencios.

De esta sana coincidencia-poema y canción transitando en la misma dirección y apostando, sobre todo, a registrar las consecuencias que produjo el horror pasado, haciendo emerger hacia lectores y oyentes una especie de saludable ayuda —memoria— nació este espectáculo "A dos voces" que, en realidad, es una sola en dos cabezas intachables.

Para los que presenciaron el recital —cuatro funciones a sala colmada donde lo sorprendente fue la numerosa cantidad de adolescentes presentes con su eferescencia y su avidez— la figura de Mario Benedetti es, ni más ni menos, la traducción exacta, implacable y rigurosa en la mayoría de sus poemas, de sus dolores y asombros, de sus desgarraduras y desconciertos, aún teniendo en cuenta de que tan singular vocero estuviese más de una década, océano de

por medio, alejado de una dictadura que —obviamente el poeta y novelista lo sabe muy bien, no en vano fue uno de los tantos exiliados—, en su demencia, provocó una fractura cultural.

De todos modos, tanto "los de adentro" como "los de afuera", no se quedaron simplemente en la recreación de la nostalgia ("los de afuera"), como tampoco en la mera retirada y en la instalación clandestina de micro-ghettos donde se discutía, en voz baja, el sentido de lo que había pasado ("los de adentro"), sino que ocurrió el efecto contrario: la cultura, a pesar de la mencionada fractura, se diversificó, y en consecuencia, no sólo nos enriquecimos y determinamos que la cultura en este país es indestructible, sino que nadie pudo hacernos sentir invisibles.

"A dos voces" como así también el "Por ellos canto" de Viglietti en solitario el año pasado en el Franzini, comienzan a establecer un sólido puente de diálogo entre ambas vertientes y generaciones —es muy claro, que el lenguaje y los códigos de los que tuvieron que exiliarse, si bien se emparentan, difieren de los que se quedaron— restableciendo finalmente los vasos comunicantes, oxigenándolos, y más que nada, promoviendo un espacio de acción sumamente amplio para la discusión a garganta abierta.

Mario Benedetti abrió el espectáculo con "Eso dicen" ("eso dicen/que al cabo de diez años/ya no quedan árboles/allá") y lo

cerró con "Quiero creer que estoy volviendo", dos textos que pertenecen a su libro "Geografías". Viglietti, por su parte, fue recorriendo su vasto repertorio, y sobre todo, acudiendo a sus últimas composiciones, donde se entremezclan, detrás de esa cortina poética que alienta a los textos, los índices de la victoria y de la derrota, camé de identidad que hace también a Benedetti y a toda una generación que, en el 73, y de un manotazo, le robaron los paisajes, no así, por supuesto, el gatillo de la memoria.

Y es la memoria, justamente, la que animó permanentemente a los exiliados y la que provocó, con sus fuegos, que los creadores en pleno "viaje circular" no cayesen en aquel pozo de negatividad (por la nostalgia) del que hablaba, antes de morir, Julio Cortázar.

"A dos voces", ejercicio de revelaciones y archivo de lo perdido por encontrar y encender, es la comprobación de que no sólo el mundo siguió enfrascado en sus más terribles obsesiones e injusticias, sino que asimismo es la verificación insobornable de que, los uruguayos exiliados (hoy felizmente desexiliados) aún alejados del mapa natal, prosiguieron con el viejo rito de alimentar el espacio cultural con una eficacia envidiable.

De Viglietti, ya hemos hablado en otras oportunidades y quizás sea innecesario referirnos a su precisión sonora, a su aliento menos desmelenado pero más hondo y certero en cuanto a intención poética (¿no

lo es, acaso, "Declaración de amor a Nicaragua?"), a ese jadeo vocal que entibia su decir y que hace más humana su propuesta y su alcance.

En realidad, se trata de fotografiar al recién llegado, es decir a Mario Benedetti y señalar, por ejemplo, que su sinceridad va por encima de la más rigurosa valorización estética.

Porque si bien en algunos poemas se percibe un lenguaje poético que se repite y se muestra cansado —ya no existe aquella frescura, aquella adjetivación insolente y removedora de, por ejemplo, "Noción de patria"— por la aparición de diversos lugares comunes, existe sí una fidelidad y conducta de las cosas que el poeta defiende y que, subterráneamente, hacen eficaz al poema.

Lo nuevo, claro, está presente y en clara postura epigramática: "Dime/con quién andas/te diré/go home", texto de toda una serie perteneciente a "Viento del exilio".

Su lectura, en el escenario, apela a la naturalidad: alejado de todo acartonamiento, de impostaciones y de inflexiones, la poesía fue fluyendo con el ritmo de una conversación entre viejos amigos y esta particularidad, evidentemente, logró el efecto esperado. Por un lado, el asombro, el escalofrío y el cosquilleo; por otro, el viaje hacia adentro, hacia las zonas íntimas que zozobraron de emoción.

Luego, el aplauso de pie y algún llanto. Y uno se queda pensando: ¿acaso estos dos señores no se lo merecían?

Una vez más, y en forma rimada, la vida había ganado la pulseada.

RAUL FORLAN LAMARQUE